

**INTERVENCIÓN DE LA VICEPRESIDENTA PRIMERA, MINISTRA
DE LA PRESIDENCIA Y PORTAVOZ DEL GOBIERNO EN EL
ACTO DE INAUGURACIÓN DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y LA ASOCIACION DE
ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA**

Madrid, martes 30 de octubre de 2007

Señor Director, Ministros

Señoras y señores,

Muy buenos días,

Quiero comenzar mi intervención agradeciendo a Víctor García de la Concha, a Humberto López Morales y a José Antonio Pascual sus amables palabras y su invitación a participar en este acto de inauguración de la sede del Centro de Estudios de la Real Academia y la Asociación de Academias de la Lengua Española.

No crean que es sencillo tomar la palabra después de escuchar a varios académicos de la lengua, pero sin duda es un privilegio que les agradezco sinceramente.

Dice Francisco Ayala que a quienes se ocupan del cultivo de las letras les corresponde la tarea de hablar por todos y para todos en un lenguaje común. Común, no por vulgar, sino por compartido.

Y es a esa labor de velar por nuestro tesoro común de la lengua española, a lo que dedica esta institución sus esfuerzos, sus desvelos y sus ilusiones desde su fundación en aquel siglo XVIII, el siglo de la ilustración, que mereció también el título de siglo de las academias.

Son casi trescientos años de dedicación a la cultura y a la lengua, al cuidado de lo que más nos define como personas. Son casi trescientos años de servicio público en los que la Real Academia ha sabido mantener fielmente aquel legado ilustrado y su mandato de profundizar el conocimiento y acercarlo a la ciudadanía.

Durante este tiempo, la Academia ha velado por mantener nuestra mayor riqueza por encima de consideraciones políticas o ideológicas, por encima de coyunturas históricas. Porque el tiempo pasa, las circunstancias cambian, las mentalidades evolucionan, y algo que es tan esencial, tan constitutivo de nuestro propio ser como es la lengua, es una riqueza que debe mantenerse al amparo de los avatares o los vaivenes cotidianos.

En todo momento, esta casa ha sido un firme puente de unión entre los hispanohablantes, alentando y colaborando en la creación de academias hermanas en los países de Iberoamérica y Filipinas y contribuyendo del mejor modo posible, a través de la comunicación y el diálogo, a mantener el más firme vínculo entre los países de lengua española.

En este año comenzamos la celebración del bicentenario de las independencias americanas y sin duda la Real Academia tiene mucho que ver en el mantenimiento de los lazos que nos hermanan.

Hoy es un privilegio, un honor y un orgullo ver representados en la Asociación de Academias de la Lengua Española a los ciudadanos hispanohablantes del mundo, a los ciudadanos que tienen una patria común en la lengua, la literatura y la cultura.

Y es que el prestigio y la autoridad de las instituciones que custodian nuestros vínculos más preciados debe estar por encima de intereses momentáneos, de inclinaciones particulares y debe orientarse exclusivamente a preservar el interés general. Así ha sabido hacerlo esta academia a lo largo de su historia.

Esa inquebrantable dedicación al servicio público de la Real Academia ha contribuido sin duda al enorme caudal de prestigio que acumula y que la avala dentro y fuera de nuestras fronteras.

Y ese éxito, ese buen nombre del que hoy goza la Real Academia, no sería posible sin el tesón, la constancia y la dedicación de todas las personas que entregan su tiempo a esta noble tarea.

En mis años de tarea pública he tenido la oportunidad de comprobar que la excelencia en el trabajo y el prestigio de una institución es fiel reflejo de la calidad, las cualidades profesionales y personales y de la entrega de las personas en quienes se encarna realmente esa institución.

El merecido reconocimiento y prestigio de esta casa sirve así como aval y como testigo de la excelencia de quienes forman parte de ella y quiero expresar mi reconocimiento por su labor, tantas veces silenciosa y solitaria, a todos los miembros de esta institución.

A los académicos y a todo el personal de la Real Academia, a sus colaboradores, investigadores y a todas las personas que hacen posible ese trabajo. Porque cuidando la lengua están cuidando lo que más nos une, lo que compartimos, lo que, como dice Ana María Matute, más nos aproxima unos a otros.

Señoras y señores

En un mundo que cambia aceleradamente, la Academia ha sabido abrirse a las nuevas realidades y ha realizado un gran esfuerzo de modernización con el objetivo de seguir permaneciendo fiel a ese mandato de servir a la sociedad. Se trataba sin duda de un reto para esta venerable institución. Un reto que supo afrontar y superar.

Quiero recordar en este punto la magnífica labor realizada por Fernando Lázaro Carreter, que supo impulsar y modernizar la Academia siguiendo el pulso de los tiempos, una labor que está teniendo continuidad con la dirección de Víctor García de la Concha y de la que este Centro de Estudios es buena prueba.

Sin duda, ello ha contribuido de forma relevante a la gran expansión que ha experimentado el español en los últimos años. Porque no se trataba sólo de mantener nuestra lengua en el lugar indiscutiblemente prestigioso que ocupa en la literatura, sino de que lo ganara en el terreno científico, en Internet, en todos los nuevos ámbitos de nuestro mundo globalizado. Y la Academia ha sabido entenderlo e impulsarlo.

Hoy el español es una lengua de futuro, la segunda lengua del mundo en comunicación internacional, y todas las instituciones debemos contribuir a que su conocimiento y su uso continúen extendiéndose, porque, sin duda, hacerlo es sinónimo de riqueza.

Riqueza material, pues sería irresponsable obviar lo que suponen, económicamente, las industrias que se generan alrededor de nuestra lengua, pero sobre todo riqueza vital para los hispanohablantes, que cada día encuentran nuevas posibilidades para poder desarrollar su vida personal y profesional de la mano de nuestro idioma en cualquier parte del mundo.

En esta sede, en este moderno Centro de Estudios que hoy inauguramos, van a encontrar cabida el servicio de “Español día a día”, la escuela de Lexicografía Hispánica, los departamentos de informática y lingüística computacional y la Fundación Instituto de Investigación Rafael Lapesa para el Nuevo Diccionario Histórico de

la lengua Española. Un diccionario que el Presidente Zapatero calificó de proyecto de Estado y que sin duda se va a convertir en una referencia ineludible en el ámbito de las humanidades.

Mi más sincera felicitación y la de todo el Gobierno a José Antonio Pascual por su excelente dirección en esta importante tarea y mi agradecimiento a los investigadores y colaboradores de este proyecto por el esfuerzo que están realizando poniendo las más modernas tecnologías y los últimos avances en lingüística al servicio del español, de la comunidad científica y de toda la sociedad.

Con la inauguración de este Centro de Estudios, donado a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, y dotado de las más modernas tecnologías puestas al servicio de la lengua española, damos satisfacción a una legítima demanda de esta institución, que como resultado de su buen hacer y de la multiplicación de sus tareas, ha visto desbordado el espacio del que disponía. Es una muestra del compromiso del Gobierno con la Academia, y de nuestra gratitud por su labor.

Cervantes decía que es muerta la fe sin obras.

La fe se demuestra en los actos y quiero aprovechar la inauguración de esta sede del Centro de Estudios para reiterar nuestra fe en la lengua, porque creer en la lengua es creer en la capacidad del ser humano para entenderse, para construir una geografía humana de convivencia y diálogo.

Crear en la lengua es confiar en nuestra capacidad para crear y recrear, para interpretar el mundo y la vida, para buscar y dar sentido a nuestras acciones y trabajar por nuestros sueños.

Eso, señoras y señores, la lengua española como gran herencia, como puente y lugar de encuentro, como hogar de la belleza, es lo que ustedes cuidan para todos nosotros. Y por ello les doy mi más sincero agradecimiento.

Muchas gracias.